



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSAL

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

M.R.

Crónica Cinematográfica



A pesar de la profunda crisis que nos aflige, los cines continúan viéndose concurridos, y es natural. No sólo de pan vive el hombre y la cultura es tan necesaria como el pan. No tenemos por el momento, muchas manifestaciones de vida intelectual y artística, y buscamos toda la que nos hace falta en el cine que, tan perfecto como es a veces, nos la suele dar en abundancia.

Este año hemos podido admirar cintas muy hermosas a mi juicio. "Dos Mundos", ha sido la más bella de todas. En "Dos Mundos", el arte ale-

mán y el francés se unen en estrecha concordia, y el resultado es simplemente maravilloso. El eterno drama del pueblo hebreo, aparece allí magníficamente representado por artistas superiores. El tipo de judío, con horribles defectos y virtudes heroicas se pone de relieve en forma magistral. Debemos este estreno, que dura de dos meses más o menos, al Teatro Victoria, uno de nuestros cines más distinguidos y confortables, aunque un poco frío, a pesar de su discreta calefacción, que le hace, como al Real, más o menos visitable en estas

crudísimas noches de invierno.

Si el Teatro Victoria continúa estrenando cintas alemanas, estamos seguros que su público aumentará considerablemente, a pesar de que, por desgracia, los representantes de "Ufa" y "Terra" hacen muy escasa réclame a sus películas. "Dos Mundos" pasó casi inadvertida, y "La Mujer en la Luna", magnífica cinta científico-fantástica que acaba de estrenar el Victoria en estos días, no ha sido apreciada en su justo valor. Esto es muy sensible porque, por lo general, el film alemán es muy superior al americano, como factura y como arte.

"La Mujer en la Luna", es por lo demás una fantasía de la más grande actualidad. Los sabios no dejan que decaiga en Europa el entusiasmo por la pálida estrella que los poetas decadentes abandonaron con muchísima mayor inconstancia. "La Mujer en la Luna", da con la más viva perfección la sensación de lo que irá a ser en el futuro. ¡Dichosos hombres de mañana!, un viaje interplanetario.

Ojalá el Victoria nos siga ofreciendo cintas de tan apasionado interés, como las producciones "Ufa" y "Terra". En realidad los americanos empiezan a fatigarnos con sus eternos films donde se desarrolla la aventura pueril o el drama más pueril aún.

Y ésta es acaso la causa principal por la que han fracasado en Estados Unidos, los grandes artistas de Europa que se han trasladado a Hollywood, seducidos por el mítico de contratos famosos.

Lya de Putty, maravillosa en "Varieté" se extinguió en Europa al parecer para siempre. La propia Garbo que hizo un vasto crepúsculo del mundo con la sola sombra de sus pestañas artificiales, se apaga poco a poco en los estudios de Hollywood. Ha nacido frente a ella Marlene Dietrich, cínica, deliciosa, insolente, maravillosa muñeca mecánica, movida por los dedos invisibles de von Stenberg.

En cambio, la última película de la Garbo era ¡todavía! un trasunto de la Dama de las Camelias enamorada



51

como Margarita Gautier, de un joven necio e inexperto, que la sacrificaba a prejuicios banales.

El Teatro Victoria tiene por el momento en cartel, una cinta, de Harry Liedtke, manufactura alemana

también, de Harry Liedtke, cuyos claros ojos más juguetones que enamorados, conmovieron a muchísimas mujeres en sus livianas operetas mudas. "El Devorador de Violetas" y "La Hija del Guardabosque". Probable-

mente, algún asunto de amor y frivolidad. Esperemos que siempre será algo mejor que esas insulsas "parejas ideales" de Norte América, como Charles Farrell y Janet Gaynor.

El chasco de Antonio

Como hacía tiempo que no había ido a visitar a su amigo Bodigon, el pintor de marinillas, Antonio fué al estudio de aquél, y con la alegría de verlo, tiró tan fuerte del cordón de la campanilla, que la mitad se le quedó en la mano. Respondiendo a tan energética llamada, se oyeron pasos, y la puerta se abrió. Pero Antonio retrocedió estuporoso al ver que quien acababa de abrir y estaba delante de él, era nada menos que un almirante en uniforme de gran gala.

—Perdón, señor almirante—balbuceó Antonio— retrocedió estuporoso al verlo; yo buscaba a mi antiguo amigo Bodigon...

—No, no; aquí vive—respondió el almirante, apartándose para dejar paso a Antonio.

—Su compañero de usted ha salido—dijo el almirante—pero volverá pronto, porque me ha citado aquí para hacerme un retrato. Hasta me confió la llave porque se retrasaba...

Luego, respondiendo a una fineza de Antonio, dijo:

—No, no se preocupe usted si no me siento. Yo descanso de pie porque me pasa el día sentado.

De pronto, el almirante se precipitó sobre el sombrero que Antonio conservaba en la mano.

—Cúbrase usted—le dijo, llevando la amabilidad hasta ponerle él mismo en la cabeza del visitante—. ¡No faltaba más!

El almirante se hacia cada vez más familiar.

—Va usted a pensar que soy demasiado liberal, pero, ¿no tendría usted un poco de tabaco?...

Antonio le ofreció un soberbio cigarrillo puro.

—¡Esto es demasiado!—exclamó el marino—. Me lo fumaré después de cenar.

Respondiendo a una pregunta de Antonio, dijo:

—No; nunca he sentido el mareo. Sólo una vez sentí algo, yendo embarcado en una lancha del estanque del parque; pero aquello no fué nada de particular. Un momento después, dijo Antonio:

—Mi amigo se retrasa demasiado y yo no puedo esperar más. Volveré otro día.

—Yo también voy a marcharme, porque es la hora de jugar una partidita... Pero espéreme usted un momento. Vuelvo en seguida; y como usted me ha regalado este cigarro—añadió, riendo—yo voy a convidarlo a tomar un vermouth.

Apareció de nuevo cinco minutos después, de civil, completamente metamorfoseado: una gorra de cuadros, sobre la cabeza; y en la cintura ceñía, no la faja de almirante, sino los cordones de un delantal.

—¡Pero!—le preguntó Antonio, estuporoso—. ¡esa ropa?... ¿Es que no es usted almirante?...

—¡Ca!, ¡no, señor!—respondió el otro.

—¿Es que usted había creido!... ¿Verdad que tengo presencia?... Por eso es por lo que su amigo me ha elegido como modelo para hacer un cuadro para la exposición; pero yo no soy más que el portero de la casa.

LOUIS TYBAET